

IN MEMORIAM

Carlos Serrano y la historiografía española¹

Paul Aubert

UNIVERSITÉ DE PROVENCE

Más allá de la vieja amistad que me unió a Carlos Serrano, fruto de intereses y de trabajos comunes, quisiera decir —sin pretender ser exhaustivo ni dejarme embargar por la emoción— lo que significa su obra para el hispanismo francés y para un hispanista que pertenece a una promoción algo posterior a la suya.

Desde la crisis finisecular hasta nuestros días, no hay un tema por el que Carlos Serrano no se haya interesado (desde el ensanche de Bilbao, hasta la guerra de Cuba, pasando por la polémica entre Maeztu y Unamuno en torno a la reforma agraria, la fotografía, la tauromaquia, la figura de Don Juan, la cultura obrera y la Guerra Civil). Nos deja una obra pionera, polifacética, abierta y desgraciadamente inacabada.

Una obra pionera

Conocí a Carlos Serrano en 1977, en uno de los coloquios que organizaba Manuel Tuñón de Lara en la Universidad de Pau. Me llamó la

¹ Versión resumida y adaptada de la intervención en el homenaje a Carlos Serrano celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 25 de abril de 2001.

atención la seguridad del juicio crítico del universitario, la cordialidad y la generosidad del hombre, así como su gran capacidad para exponer claramente sus convicciones.

Este hombre forjado en el exilio, nacido en Buenos Aires en 1943, era hijo del escritor republicano Arturo Serrano Plaja y nieto del escritor francés Jean-Richard Bloch. Aunaba en su investigación universitaria el rigor y el entusiasmo desde una aproximación metodológica marxista que se fundamentaba en una gran cultura y en una inquietud intelectual constante.

Esto le permitía recorrer pistas originales, explorar intuiciones hasta moverse en los márgenes de la historia social y de la historia cultural como quien no se complace con un enfoque único y desde la pluridisciplinaridad procura fecundar cada ámbito con nuevos planteamientos.

Desde la tesis de tercer ciclo sobre la guerra de África y sus repercusiones en España, redactada conjuntamente con Marie-Claude Lécuyer, dedicada al estudio de las consecuencias de la guerra hispano-marroquí de 1859-1860, hasta sus trabajos más recientes, Carlos Serrano se interesó por los movimientos sociales a finales del siglo XIX, el populismo, la cultura obrera y últimamente por la memoria histórica.

Desde la historia social a la historia cultural se adaptó y contribuyó a la evolución de la historiografía finisecular, con una inteligencia y una apertura espiritual poco comunes.

Carlos Serrano no se contentaba con explotar una fama adquirida en un campo. Aparecía de repente por donde no lo esperábamos. Confesaba que la ambición de practicar aquella historia total, que señalara Manuel Tuñón de Lara siguiendo a Pierre Vilar, le parecía agobiante, pero la practicó a su manera multiplicando los enfoques. Pero no se lanzaba a una nueva investigación como quien baja a un sótano con una vela vacilante. Cada nuevo paso estaba preparado por reflexiones y lecturas, cada intuición se seguía hasta el final. Y luego, a la hora de redactar, Carlos se volcaba con aquel entusiasmo del ensayista sin fichas y con las ideas claras consultando los apuntes que había realizado. Llegó a convencerse de que una tesis es madura cuando uno es capaz de contestar las preguntas que se ha planteado y de que, según decía Juan de Mairena, «*no hay nada que no sea empeorable*».

La primera impresión que tuve de Carlos fue la de un hombre con una gran exigencia intelectual, afable y no exento de ironía, que siempre

me acogió cordialmente. Nunca olvidaré sus efusiones telefónicas, amplificadas quizá por el carácter monosilábico de mi nombre.

Una obra polifacética

Carlos Serrano empezó su itinerario de investigador en un momento en que la historia social se emancipaba de la historia económica y se constituía en historia estructural de las clases sociales basada en las relaciones de producción. Proponía una explicación coyuntural de los movimientos sociales a partir de la evolución de las grandes variables (precios, salarios, etc.). Desde hace veinte años, el desarrollo de la historia de las mentalidades y de la historia cultural —y todavía más desde que se hundieron los grandes sistemas explicativos heredados de las teorías del siglo XIX— disminuyeron a su vez la autonomía de la historia social hasta considerar que lo cultural puede ser un factor explicativo de lo social cuando anteriormente era más bien un reflejo. Carlos Serrano siguió esta evolución llegando hasta el estudio de los símbolos, de las representaciones y de la memoria, pero con la inmensa ventaja de quien ya no piensa la cultura sin cuestionar lo social.

La tesis de Estado de Carlos Serrano, leída en 1984, *Le tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme* (recientemente publicada en castellano con el título *El turno del pueblo*) recoge en un amplio abanico un conjunto de trabajos en los que se estudian la coyuntura finisecular, los movimientos espontáneos y sus variantes regionales, la respuesta de los movimientos obreros organizados a las crisis, y por fin los intentos renovadores (desde los regionalismos, el populismo de Blasco Ibáñez hasta el nacimiento de los intelectuales como categoría sociopolítica). Con Jacques Maurice escribió un librito sobre Joaquín Costa (1977) dentro de la misma colección de Siglo XXI que editó más tarde su síntesis sobre la crisis finisecular, *Final del Imperio, 1895-1898* (1984).

De la historia social a la historia cultural

Desde la práctica de la historia social, con la publicación de algunos trabajos (como «Juan José Morato y la Historia» (1983) que acogió Antonio Elorza en la revista que dirigía, *Estudios de Historia Social*), Carlos Serrano no se interesó tanto por el estudio de las organizaciones

como por el de las prácticas y de las ideologías. Así fue cómo llegó a la historia intelectual por medio del estudio de la cultura obrera.

Nos mostró entonces que la historia cultural no era sólo el estudio de minorías intelectuales y que el estudio de la vida colectiva no pasa sólo por el acercamiento estadístico, aunque los logros de la investigación cuantificada y seriada son indiscutibles y constituyen un aporte ya irreversible desde un punto de vista metodológico. De entrada, y para lo que al campo propio de la historia cultural se refiere, no dejaba de ser insatisfactoria la idea de una metodología que más o menos explícitamente renunciaba a tomar en cuenta las «obras» literarias, artísticas, etc., cuyo carácter de singularidad parecía hacer irreductibles al imperio de la serie. Pero, más generalmente, la investigación actual, tras el período eufórico de las largas series, ha señalado el carácter reductor de un procedimiento cuantitativo que, al no proporcionar más que datos medianos, trivializa la realidad histórica de la que pretendía hacerse fiel retratista. Es más: para algunos de sus críticos, este acercamiento cuantitativo peca de raíz, puesto que por fuerza tiende a borrar no ya sólo el accidente, sino que también la mutación brusca y, por ende, a infravalorar toda expresión de tensión o de posible conflicto.

A través de la serie, lo que se consigue alcanzar a menudo es, más que nada, el resultado de la imposición de modelos culturales pre-elaborados, falsificados en su aparente continuidad que no es más que el resultado de la eliminación de diferencias o discrepancias. Michel Vovelle, hablando de las fuentes seriales en el terreno judicial, marca los límites de su validez en unos términos que pueden hacerse extensivos a los demás territorios del cuantitativismo: «*On croit saisir la réalité des comportements; ce que l'on trouve, c'est le code moral et répressif d'une société*» («*Uno cree aprehender la realidad de los comportamientos y lo que encuentra es el código moral y represivo de una sociedad*»). En el fondo, la actual tendencia de la historia cultural a regresar a lo excepcional, pero haciendo suyos los logros alcanzados por la investigación de lo plural y serial, puede entroncar inevitablemente con el examen de la singularidad de una figura y hasta de una obra, con lo cual, dicho sea de paso, no haría otra cosa que reanudar con ciertos intentos de sus padres fundadores: ¿no fue acaso el empeño de Lucien Febvre el entender, por ejemplo, a Rabelais?

Lo que se está planteando a través de estas referencias, es que, en la perspectiva de una historia cultural auténtica, no es ya posible, por un lado, descartar la «obra» singular en nombre de la serie masiva —como quería hacerlo el cuantitativismo ingenuo de los años sesenta—, como tampoco sigue siendo factible, por otro, el de limitarse a considerarla desde la óptica de la historia de la literatura (o del arte) al uso, esto es, como un mero eslabón en la sarta de las «grandes obras» de un país o de un momento, enfocada, pues, desde la perspectiva de una total inmanencia.

Así lo entendió Carlos Serrano cuando se interesó por la «institucionalización» del Don Juan en la tradición cultural española de los siglos XIX y XX. La mayoría de las historias literarias suelen evocar el hecho de la representación de una obra de tema donjuanesco para el día de Difuntos como un hecho evidente, del que no parece que nadie se haya interesado en investigar los orígenes y la función. En una primera aproximación, Carlos Serrano trató entonces de elaborar la cronología documentada del fenómeno, que parece nacer en Barcelona a finales del siglo XVIII y no tocar Madrid hasta 1860, donde sin embargo pasa a darse ya como práctica anual y sistemática a partir de 1863, prolongándose esta tradición hasta por lo menos la Guerra Civil. El conjunto de esta producción invita a interrogarse sobre el uso colectivo que la sociedad española, en sus diversas componentes, hace de un tema cultural general como es el de Don Juan y de una obra singular, el Tenorio de Zorrilla.

A lo largo de la última década, quizá la más fecunda de su vida, Carlos Serrano siguió ocupándose de las mismas cuestiones pero con otro enfoque metodológico, pues había asimilado los logros de la amplia encuesta de Pierre Nora *Les lieux de mémoire*, pero el cambio de enfoque hacía tiempo que se venía anunciando, especialmente en el estudio antes aludido.

Desde mediados de los noventa, Carlos Serrano empezó a estudiar la adhesión afectiva a los valores que contribuyeron, junto a la violencia de la represión, a la eficacia del régimen franquista. Esta labor representa un acercamiento original al franquismo que seguía siendo objeto de repulsión por parte de los historiadores franceses y sólo había suscitado el interés de unos cuantos politólogos o literatos.

Después de haber estudiado la España franquista desde sus representaciones en el coloquio titulado *Imaginaires et symboliques dans*

l'Espagne du franquisme, cuyas actas publicamos en diciembre de 1996 en el *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, Carlos Serrano se interesó por la simbología y el imaginario colectivo en la crisis de Cuba. Fruto de este interés fue el coloquio dedicado al estudio de las visiones recíprocas entre *España y sus antiguas colonias. Imágenes e imaginarios nacionales en el ultramar español*, que coordinó con Consuelo Naranjo en 1998.

En los últimos tiempos este giro metodológico le llevó al estudio de la búsqueda iconográfica del héroe español en las estatuas conmemorativas en los siglos XIX y XX, así como el dedicado en Madrid a los héroes del Caney que murieron junto al general Vara de Rey cerca de Santiago de Cuba durante el verano del 98. Rafael María de Labra había soñado con un monumento que tuviese el significado abstracto de un sacrificio común y no fuera una mera ilustración de una batalla. Carlos Serrano muestra cómo esta estatua ilustra la emergencia de una idea de la Hispanidad. Su posterior acercamiento crítico a los discursos sobre la crisis o su contribución al estudio del léxico político español con título de Edgard Morin «*Le paradigme perdu: camarada, compañero, ciudadano*» (*Bulletin Hispanique*, 1999), ilustra un proceso que culminó en 1999 con el libro consagrado al estudio de las expresiones simbólicas de la identidad nacional en los dos últimos siglos, *El nacimiento de Carmen. Símbolos, mitos y nación*, centrado en temas de memoria histórica y de simbología nacional: bandera, himno, fracaso de los monumentos nacionales, fiesta nacional.

Un hispanista completo

Carlos Serrano fue un hispanista completo que se especializó tanto en historia como en literatura, sin olvidar que era capaz de prologar un libro de fotos de Capa. Cabe mencionar las aportaciones notables de Carlos Serrano al estudio de la literatura desde los rasgos autobiográficos en la obra del joven Unamuno (1979) hasta la poesía de Abel Martín (1993), el personaje apócrifo de Antonio Machado (*Hipotexto místico para un cancionero profano. A propósito de Abel Martín*), en el que examina la huella de San Juan de la Cruz en la obra machadiana, mostrando cómo el erotismo de Abel Martín, aunque derivado del misticismo, nace como aspiración a la diversidad, como reconocimiento de una necesaria alteridad y cómo lo apócrifo puede fundamentarse en una hipertextualidad que muestra lo

mismo en lo otro, y reproduce para negar. Encuentra asimismo las huellas de un populismo ambiguo hasta en el reverso convulsivo de un discurso histórico que estudia en el teatro de Valle-Inclán, partiendo del análisis de la violencia de la historia pero también de la irrisión y de la farsa en las *Comedias bárbaras* (1997) interesándose por la nueva escritura y la nueva estética de Valle-Inclán, que desvirtúa este discurso histórico con una vuelta al pueblo, mediante una carnalización de la historia.

Los españoles no ignoran desde Cervantes (y los franceses quizá desde Proust) que la idea que uno se hace de la realidad forma parte de esta misma realidad. Si entendemos por historia lo que se vive y por literatura lo que se imagina, hablar de historia de la literatura incurre en una práctica pleonomástica puesto que la literatura forma parte de la totalidad histórica. La práctica de la historia y la de la crítica literaria no constituían para Carlos Serrano dos vías de exploración distintas, lo cual no significa que quepa sugerir la preeminencia de lo real sobre lo imaginario, estableciendo una jerarquización científica entre ambos ámbitos en base a unos criterios objetivos. Pero aunque sigue interesándose poco por los hechos literarios (como si se tratara de un universo demasiado subjetivo como para ser fidedigno), la historia ha sacado provecho de los notables progresos de la crítica literaria entre los años 1960 y 1980: el documento llegó a ser un texto y acabó siendo un discurso cuyo estudio el historiador amplía al de las representaciones mostrando cómo unas texturas heterogéneas encierran marcas del sujeto e indicios de lo social.

En estos márgenes —cambiando a menudo de punto de vista para aclarar mejor su objeto de estudio— Carlos Serrano se movía a sus anchas. Conocía las nuevas disciplinas que revelan la vanidad de las antiguas fronteras y los progresos fulgurantes de la antropología, de la sociología, de la psicología, de la lingüística que vinieron a fecundar tanto su crítica literaria como su práctica de la historia social, de la historia de las mentalidades o de la historia cultural.

Carlos Serrano deja un gran vacío en el hispanismo francés y en la Casa de Velázquez, en la que participó en numerosos encuentros. Carlos Serrano amaba la vida, le gustaba dialogar, animar seminarios y equipos de investigación, como aquel en el que, con Brigitte Magnien, Jean-François Botrel, Serge Salaün, Jean-Michel Desvois, y otros colegas, tuve el honor

de participar. Era una colaboración peculiar aquella que pocos son capaces de llevar a cabo, pues después de haber redactado un esquema en función de las especialidades de cada uno, la crítica mutua era feroz y cada uno la practicaba y se sometía a ella sin que dejásemos de ser amigos. Desde estos presupuestos se abordó para los primeros años del siglo XX y más recientemente para la década de 1920, la vida económica y política, los medios de comunicación, la edición y la prensa, la producción cultural, la educación, el papel de los intelectuales, la cultura urbana, los espectáculos, la crisis del realismo como modelo narrativo: un proyecto y una ilusión que desde una reunión que celebramos en Toledo, en marzo de 1984, llamábamos «la historia cultural».

En un momento en que la especificidad de la historia cultural en relación con las demás historias estaba por definir, y, en el caso de la España de los siglos XIX y XX, por explorar, este ensayo que coordinó con Serge Salaün, titulado *1900 en España* está dedicado al estudio de la bisagra entre ambos siglos (1895-1905). Propone una serie de calas en torno a la difusión y al mercado de los bienes culturales, a las causas institucionales o estructurales del divorcio entre el país legal y el país real, y a la aparición de unos intelectuales que se creen capaces de hablar en nombre del pueblo. Se trata de evaluar la capacidad renovadora y las voluntades modernizadoras en el momento en que España entra en el siglo XX.

Carlos nos enseñó algo más: nos dio una gran lección de vitalismo y de valor que compartió con su compañera Amaya. Estuvo convencido y logró convencernos a todos de que la enfermedad no podía con él y de que cada día que pasa es una felicidad añadida. No me es fácil conjugar los verbos en imperfecto del indicativo. Carlos vive, me espera en la Hemeroteca, o en la Biblioteca Nacional. No se quejó nunca y siguió trabajando «como si todo tuviera sentido». Cuando sabemos que otro gran hispanista, el historiador de la época moderna Alain Milhou, quien presenció con nosotros su entierro, le acompaña ahora en nuestro recuerdo, tenemos la impresión de cruzar un terreno minado y —al despedir a quienes nos acogieron tan generosamente en el oficio— el consiguiente deber de ser más activos, más rigurosos y quizá de tener más prisas, en cualquier caso de ir a lo nuevo y a lo esencial.

Carlos Serrano detestaba el saber que paraliza la actividad. Una frase puede resumir la inquietud intelectual que le caracterizó. Según decía

Goethe a Schiller: «*Detesto lo que sólo sirve para instruirme, sin aumentar ni estimular directamente mi actividad*» (19 de diciembre de 1798. Citado por Nietzsche en el prólogo a *Sobre la utilidad y sobre los inconvenientes de la historia para la vida*) o, según me escribía Carlos para animarme, con este vocabulario taurino que compartíamos: «*¡Al toro!*».

Por estas aportaciones considerables a los estudios históricos y literarios, por la inquietud intelectual permanente que le caracterizó, por esta cordialidad indefectible que tenía tanta importancia a la hora de orientar a los más jóvenes, Carlos Serrano contribuyó a hacer que el hispanismo fuera más riguroso, más abierto y más inteligente, pero también más humano y más alegre.